

MONTE PE



ENEKO POU / BITTOR AMOZARRAIN

Eneko Pou

"- Oye, ¿Cómo es la vía clásica de la cara Norte del Monte Perdido? ¿Qué características técnicas tiene? ¿Tiene algún largo en roca?"

Si mal no recuerdo, en los

últimos tres o cuatro años, creo haber formulado estas preguntas a algunos de mis amigos en varias ocasiones.

La respuesta siempre era parecida:

"- Es una norte muy bonita con dos tramos bastante empinados y una parte media más asequible... ¡Ah! Y la salida al hombro que da acceso a la cumbre siempre suele tener uno o dos largos en roca."

Dicho ésto, cómo no reconocer, que llevaba ya tiempo que cada vez que oía hablar de esta norte se me ponía la sangre en ebullición.

■ Mucho más que un objetivo deportivo

¿Qué se puede decir de esta norte que cualquiera no sepa?, ¿Qué alpinista no ha pensado alguna vez en subir por aquí?. Sé que se me podrá tildar de romántico, pero para mí, este descenso en esquís es mucho más que un mero objetivo deportivo. Descender con los esquís desde la misma cumbre, siguiendo un itinerario con tanta historia, es una sensación que difícilmente puedo expresar con palabras.

■ A la búsqueda de un compañero

La búsqueda continua. Estoy decidido a intentar este descenso pero para variar, me va a costar lo mío encontrar un compañero. ¡Qué peñazo! Creo que debe ser el cuarto año consecutivo que me pasa lo mismo. ¿Tendré nuevamente que ir sólo? No, esta vez no. Por una vez parece que la suerte está de mi lado. Una de mis llamadas ha surtido efecto:

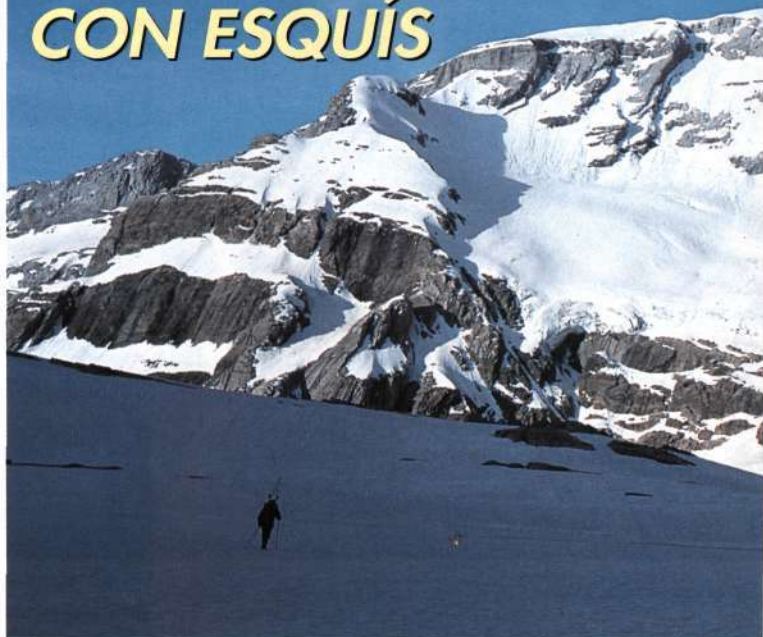
- A ver Bittor, Eneko al habla, oye mira, no te apetecería... bla, bla, bla.

- Pues... (con ese tono de voz pausado que le caracteriza, después de meditarlo un poco, consigo la respuesta que estaba buscando) Sí, quizás sí, lo podríamos intentar.

Bien Eneko, bien, me digo para mis adentros. La maquinaria propagandística del "mariscal Goebbels" no lo habría hecho mejor.

Conozco a Bittor Amozarrain desde hace apenas un año, pero en este corto espacio de tiempo hemos hecho buenas migas. Nos conocimos en la Estación de Esquí de Valdezcaray y este pasado invierno lo hemos pasado juntos allí dando clases. Mientras yo me iniciaba en el mundo del esquí, él estaba ya sacándose la máxima titulación como entrenador en esta compleja jerarquía. Así que, como además los dos somos montañeros, mientras él aportaría al descenso su mejor dominio de la técnica de esquí yo aportaría por mi parte, mi mayor experiencia en este tipo de bajadas.

DESCENSO DE SU CARA NORTE CON ESQUÍS



■ El día previo: Les Gloriettes y el refugio de Tucarroya

¿Por dónde podíamos subir hasta el refugio de Tucarroya sin pegarnos la paliza? Ay, ilusos... Después de consultar el mapa nos hicimos idea de cuál era la cruda realidad: de Pineta... uff!!!; de Gavarnie, demasiada vuelta; de Goriz, ni planteárselo. Pero por qué no del valle francés de Les Gloriettes. Era un sitio que no conocíamos, ganábamos en coche 300 m de desnivel con respecto a Pineta y además, sobre el mapa, parecía que la subida aunque bastante larga, era más bien progresiva. No se hable más del asunto, 4 1/2 horas de coche, 1/2 de monton y desmonton mochila y hacia las 17:20 empezamos a andar. Como de costumbre esa media hora de vueltas a la mochila no ha servido para nada y nos metemos encima de la espalda esos 25-30 kilos que siempre intentamos evitar. Cuando llevamos apenas media hora andando, los dos coincidimos en lo acertado de nuestra elección: el valle es precioso y, tras atravesar el lago, las vistas sobre la bre-



RDIDO



cha de Tucarroya y los Picos de Pineta son incomparables. Seguimos remontando este valle verdoso en compañía de numerosas

marmotas, hasta que llegamos a la bifurcación que va hacia Les Espuguettes. La dejamos a nuestra derecha y continuamos el pequeño sendero que nos lleva hasta la Brecha de Tucarroya. Aquí nos ponemos los crampones, ya que además de comenzar la nieve, este corredor esta lo suficientemente empinado como para tomar precauciones.

Arriba.
Cara Norte de Monte Perdido
A la izquierda.
Refugio de Tucarroya
En el centro.
Esquiando la Brecha de Tucarroya
A la derecha.
En el glaciar intermedio



9:30 p.m. Bastante cansados ponemos los pies en el refugio de Tucarroya. Ya con muy poca luz le echamos un vistazo a la norte. Sin quererlo se nos escapa una exclamación ¡Vaya pinta que tiene el asunto! Nos miramos con cara escéptica, pero como en otras muchas ocasiones, parece que existe un acuerdo tácito por el que es mejor no decir nada. Una vez más el miedo al fracaso se intuye, siquiera antes de meternos en faena. Con un "Ya veremos mañana" nos metemos al refugio.

No nos pilla por sorpresa el cambio de 180° que ha dado el refugio: estufa, luz, dos grandes mesas de madera con sus respectivos bancos, limpieza, 12 plazas para dormir... Tuve la suerte de que antes de subir ya me lo contara un amigo. De todas formas, convendrá tener en cuenta que el refugio no está guardado, que no hay ni colchones ni mantas y que se sigue teniendo que derretir agua.

Para cuando acabamos de cenar, a eso de las 12 p.m, los franceses con los que compartíamos el refugio hacia rato que roncan.

■ El día D

6.15 a.m, es hora de levantarse. Para entonces, como es habitual, uno de los grupos de montañeros franceses ya ha salido, pero el otro, cosa muy rara, todavía ronca. ¡Ay, cómo duermen algunos! pensamos Bittor y yo, después de echar cuentas de la mala noche que nos han jugado los nervios.

Hacia las 7,20 a.m salimos del refugio. El tiempo promete, está totalmente despejado. Nos cuesta apenas una hora llegar a la cara norte. Nuestra intención es hacer el descenso por la vía clásica de ascenso y para eso creemos que es muy importante hacer la subida por el mismo sitio que haremos la bajada. Pero aparecen los primeros problemas cuando creemos intuir que el corredor oblicuo de entrada a la norte no va a ser factible para el descenso. Nos da la impresión de que está demasiado estrecho, y además, la caída de alguna avalancha, ha dejado un surco, a nuestro parecer infranqueable.



■ Buscando otra alternativa

Rápidamente y sin desanimarnos, buscamos otra alternativa posible, que llega, tras unos minutos de observación, a modo de corredor oblicuo en sentido contrario al corredor original. No era nuestra idea primitiva, pero dadas las circunstancias, estamos satisfechos porque nos parece que es una alternativa lo suficientemente elegante para nuestras aspiraciones.

Como nos imaginábamos, la alternativa no es perfecta, porque los primeros 25 m de corredor son demasiado estrechos para ser esquiados pero, como seguiremos subiendo y hasta la misma cumbre no volveremos a tener otro problema de este tipo, nos consolamos pensando lo poco que suponen 25 m en 900 m de desnivel que tiene esta cara norte.

Hacemos el ascenso sin ninguna otra complicación especial y a eso de las 12 a.m. salimos al hombro de esta vertiente norte. El tiempo continúa estable a pesar de que hemos temido durante un rato que se produjese un cambio. Hemos pasado bastante calor y nos encontramos lo suficientemente cansados como para detenernos en este punto a comer y beber algo. Aprovechamos la parada para hacer un pequeño análisis, del que sacamos algunas conclusiones: A pesar de que hemos hecho varias diagonales importantes el descenso resulta directo y elegante. Tiene tres tramos claramente diferenciables (del hombro al glaciar intermedio, el glaciar intermedio y la diagonal final que da acceso al pie de la pared) de las cuales no tenemos ninguna duda que la parte más crítica será la primera. Además de que la pendiente en este tramo resulta muy mantenida (un primer corredor de alrededor de 55° y una pala ancha que le sigue de unos 50°), la aparición de numerosos surcos y canalitos, producidos por pequeñas avalanchas, complicarán mucho el descenso. A todo esto habrá que sumarle también el paso de la rimaya que da acceso al glaciar intermedio. Es esta segunda parte la que menos nos preocupa ya que, además de estar en buenas condiciones, la pendiente no excede de 30°. Sabemos también que en el último tramo nos encontraremos la nieve en buenas condiciones, así que la mayor preocupación aquí no será otra que la de no cometer ningún fallo en esta diagonal de un máximo de 45°, pero que está cortada por una caída de más de 100 m.

Con estas perspectivas y no dejando de pensar en todo el cansancio acumulado, se nos revuelve el estómago y nos cuesta digerir la comida que acabamos de tragar. A modo de alivio entre tanta duda, me vienen a la mente las cuatro repisas de escape que cavé durante la subida para procurarnos una retirada. Nunca se sabe durante una bajada de este tipo hasta dónde va a llegar tu fortaleza psíquica y nunca está de más tener un sitio donde poder quitarte los esquís y ponerte los crampones en caso de necesidad extrema.



■ Cumbre del Monte Perdido

Alrededor de una hora después de haber llegado al hombro, hacia la 1 p.m. llegamos a la cumbre del Monte Perdido. Tras sacarnos un par de fotos, nos disponemos a la incómoda tarea de poner a punto todo nuestro material de esquí de pista: apretar los ganchos de las botas, bloquear las fijaciones, fijar bien la mochila... Los primeros giros hasta el hombro nos resultan muy disfrutones. La nieve tiene muy buena calidad (primavera) y la pendiente es suave (alrededor de 30°). A pesar de todo, mientras Bittor encadena giro tras giro sin ningún problema, yo noto el cansancio acumulado durante la subida y cada 7 u 8 giros mis piernas me piden descanso. Me prometo que esto no volverá a pasar y que para la siguiente vez no dejaré de lado mi entrenamiento aeróbico durante tantos meses.

Ya de vuelta al hombro, cogemos un poco de aire y nos damos unos cuantos ánimos antes de iniciar el verdadero descenso.

Arriba.
En la tercera parte del ascenso (unos 50°)

Arriba a la derecha. Canal donde hay que quitarse los esquís.
Debajo. Bittor iniciando el descenso



FOTOS ENEKO POU / BITTOR AMOZARRAIN

■ Descendiendo la cara norte

Bittor inicia el descenso, mientras yo intento de la mejor manera posible tomar testimonio de ello con mi pequeña cámara de fotos. Un primer giro seguido de otro, otro más y de repente se para. Ha llegado a la parte más estrecha del corredor de entrada a la cara norte. La inclinación es muy importante, alrededor de 55°, y las vistas son preciosas hasta el mismo lago de Tucarroya. Con muy buen criterio ha decidido derrapar durante unos metros hasta buscar una zona más ancha. Con todos los sentidos puestos en cada movimiento, da un último giro saltado antes de retirarse a un lado y hacerme sitio. Mi comienzo es muy parecido al suyo y constato desde el primer momento la increíble tensión que nos envuelve. Sabemos que la concentración juega un papel clave durante todo el descenso y no estamos dispuestos a bajar la guardia en ningún momento. Nos hemos olvidado totalmente de los bonitos giros que habitualmente hacemos en pista y nos

concentramos al máximo en hacer un esquí práctico y de control. Ni podemos ni queremos hacer florituras, así que acometemos todos los giros saltados en una posición muy equilibrada para asegurar una buena recepción.

El final del corredor nos da acceso al inicio de una fuerte diagonal hacia la izquierda. En este punto nos juntamos y compartimos pareceres. Coincidimos en la dureza del inicio, pero intentamos no dejarnos impresionar dándonos cuenta de la importancia de seguir manteniendo la cabeza fría. Cuando llevamos unos pocos metros de diagonal, pasamos por delante del primer punto de escape que dejé preparado durante el ascenso. Nos vemos motivados y apenas lo miramos. Continuamos el descenso. Hace ya unos metros Bittor ha decidido echar mano del piolet que llevamos en la cintura y ayudarse con él en la difícil diagonal. Tiene buena nieve, pero la aparición de canalitos, y la pendiente media muy mantenida (alrededor de 50°) hacen de ella un hueso duro en este descenso. Cuando finalizamos este tramo, entramos directamente sobre un espolón que habremos de esquiar durante cerca de 100 m totalmente recto. Es el momento para cambiar el orden de la bajada y que sea Bittor ahora por detrás de mí el que tome testimonio de nuestro descenso.

Resulta esta una parte muy complicada. Un surco a cada lado del espolón hace que sólo se pueda esquiar sobre éste, con un máximo de 3 metros de anchura. Aun y todo, conseguimos encadenar algunos giros, siempre clavándolos en el sitio para no meternos en ninguno de los dos canales. Acabamos de esquiar este tramo, cuando conseguimos encontrar un pequeño paso en el canalito de la derecha mediante el cual iniciamos la diagonal que nos depositará sobre la rimaya. Teníamos claro que este último tramo de la primera parte del descenso era un serio obstáculo, pero la proximidad del plateau ante una eventual caída, ayuda a que psicológicamente lo encaremos con otra tranquilidad. A pesar de todo ponemos muchísima atención en esta diagonal plagada de canalitos y al llegar sobre la rimaya aprovechamos una de las repisas hechas en el ascenso para parar y sacar nuestro piolet del arnés. Discutimos brevemente sobre la necesidad de pasar la rimaya mediante un pequeño rappel o por el contrario intentar pasarla esquiando con un pequeño salto final. Con no mucha lógica pero sí una buena dosis de confianza en nosotros mismos, nos decantamos por esta última alternativa. Empiezo yo primero, libro como puedo las dos primeras partes de la rimaya y en la tercera decido tirarme recto por un pequeño puente de hielo. Con el puente acierto, pero no con la bañera que le sigue, donde hago lo que puedo para al final conseguir no irme al suelo. Bittor después de mí, también hace lo que puede, pero con la diferencia de que con un poco menos de acierto, así que, por la bañera pasan antes que sus esquís, el gorro, las gafas y la cabeza.

No nos asustamos, porque al tomar la alternativa de superar la rimaya esquiando, habíamos sopesado que uno de los contras de esta decisión podía ser una eventual caída. Así ha sucedido pero, tal como habíamos calculado, es una caída sin mayores consecuencias.

Por fin estamos en el plateau. Respiramos aliviados por haber dejado atrás lo más difícil. Ya no nos quedan más pendientes de alrededor de 50° y aunque no debemos bajar la guardia, el punto de inflexión del descenso está superado.

La parte del glaciar con una pendiente media de 30° resulta sencilla y vamos enlazando giro tras giro mientras marcamos una diagonal hacia la izquierda que nos lleva hacia la última parte del descenso. Son momentos de gozo en los que el mero hecho de estar trazando nuestros giros sobre este mítico glaciar bien compensa todo lo sufrido hasta el momento.

■ Disfrutando en la parte final

Llegamos a la pala de nieve que marca el inicio de la última parte de la bajada. Descendemos la pala e iniciamos la última diagonal a la derecha. La inclinación no es excesiva, alrededor de 40°, e intentamos disfrutar al máximo de lo poco que nos queda. Al llegar al pie de la barrera rocosa, medimos con mucha precaución cada movimiento a realizar, porque no son para desdénar los más de 100 m de resalte rocoso que quedan a nuestros pies. De todas formas, creo que cada esquiador tiene sus trucos para combatir sus miedos y el mío habitualmente me funciona. No es nada complicado, simplemente se trata de hacerse una sencilla pregunta: ¿A ver Eneko, en una pendiente parecida a ésta, con caída limpia, te caerías? Entonces tú le respondes a tu subconsciente: Seguro que no. Ya está, continuas el descenso tranquilamente como si estuvieses bajando hacia la cafetería de una pista de esquí. Hecha y contestada la pregunta de rigor continuamos con el descenso, metiéndonos sin complicaciones por el último estrechamiento. Algunos giros después nos encontramos en la segunda repisa que cavé durante la subida, quitándonos por primera y última vez los esquís. Hay que pasar una pequeña chimenea de hielo y roca y no nos queda otro remedio que destrepar esos últimos 25 m con los esquís a la chepa. Acabados de destrepar, aprovechamos la primera repisa que preparamos durante el ascenso para volver a ponernos las tablas y disfrutar al máximo de los últimos virajes por las faldas de la cara N.

Es un momento de mucha alegría. Mientras encadenamos esos últimos giros no podemos dejar de pensar lo satisfechos que nos sentimos por este descenso. Lo que todavía ayer parecía imposible es hoy una realidad. Para mí se ha cumplido un sueño, y sé que a partir de ahora difícilmente podré olvidarme de las sensaciones que sentí durante este descenso de la cara Norte del Monte Perdido. □